

# Armando Rojas Guardia: catequesis de un poeta

**Ramón Ordaz**

**Universidad de Oriente**

**ramonordaz.quijada@gmail.com**

Foto:: Vasco Szinetar

Integrantes del Grupo Literario Tráfico: Igor Barreto, Alberto y Miguel Márquez, Yolanda Pantin, Armando Rojas Guardia y Rafael Castillo Zapata, en 1981.



Fue en marzo de 1981, en una mesa redonda sobre las nuevas generaciones, cuando conocí por primera vez a Armando Rojas Guardia. La jornada fue propiciada por el santo patrono de la poesía venezolana del siglo XX, el poeta, editor y crítico, Juan Liscano, quien ofreció las páginas de la revista Zona Franca<sup>1</sup> a quienes venían planteando, a través de los medios culturales del país, la crisis generacional y la ausencia de nuevos valores en nuestra literatura para que expusieran y confrontaran sus ideas con algunos escritores jóvenes que fueron invitados para ese momento. Promovían el evento Juan Carlos Santaella y Armando Rojas Guardia.

<sup>1</sup> Zona Franca n° 23. Caracas, III Época, marzo-abril, 1981.

En ameno y provechoso diálogo transcurrieron varias horas en las que Armando Rojas Guardia, Salvador Tenreiro, Juan Carlos Santaella, Oscar Rodríguez Ortiz, Armando José Sequera, Santos López, Vasco Szinetar y quien escribe estas líneas, tuvimos la oportunidad de sacar a la luz las ideas más relevantes acerca del tema al que fuimos convocados. Pocos meses después haría su aparición el grupo Tráfico, en cuya barca navegaban Armando Rojas Guardia, Miguel Márquez, Rafael Castillo Zapata, Yolanda Pantin y Alberto Márquez, cuyo timonel era, a todas luces, Armando Rojas Guardia. Leer “Sí, Manifiesto”<sup>2</sup> nos lleva a desvelar de nuevo el cuerpo de ideas que en la referida mesa había dado a conocer Rojas Guardia. Su afán de darle cohesión a las voces emergentes bajo el paraguas de las perspectivas ideológicas que propugnaba en esos años, lograba su propósito, lo que catapultó al grupo a la primera escena de la literatura nacional. Sin pretensiones parricidas, Tráfico se insertó a partir del inaugural verso de “Mi padre, el inmigrante”, de Vicente Gerbasi: “Venimos de la noche y hacia la noche vamos”, trastocado en el paródico “Venimos de la noche y hacia la calle vamos”. Fiel a esos postulados fue en buena parte de su vida Armando Rojas Guardia, aunque una revisión crítica de aquellos planteamientos, incluyendo las del “Sí, Manifiesto”, evidenciaría contradicciones y pesares que no es el propósito de este trabajo, pero que de pasada no hay que dejar de señalar cómo los infundados ataques al “esencialismo” de nuestra lírica y ese quemarse en las brasas de la historia no ha producido más que malas jugadas, así como ver desdibujados los nobles principios estéticos ante la cruenta realidad de la historia nacional, la que tiene sobre sí la impronta del cinismo de los regímenes totalitarios.

Armando Rojas Guardia “abandonó” las filas del oficio sacerdotal, del que esperaba, tal vez, realizarse desde la institución católica. Entrecorrimiento abandonó, porque desde que lo conocí y hubo lugar a muchos encuentros después, siempre aprecié en sus palabras, a más del amigo, a ese otro que asomaba discretamente en la danza de las pa-

<sup>2</sup> Zona Franca n° 25. Caracas, julio-agosto, 1981.

labras, el que se nos revelaba como una suerte de epifanía, suceso muy familiar a sus iluminaciones. Quien lo haya conocido, quien haya compartido con él, no tengo la menor duda de que suscribiría mis palabras. Lo que quiero destacar es cómo su tránsito por la vida tuvo como norte esa vocación de profana liturgia, frente a muchos que, investidos del hábito, excepcionalmente la ejercen. Así tenemos que sus estudios de filosofía en Bogotá, Friburgo y Caracas estuvieron abocados a profundizar su cosmovisión del *homo religiosus* desde la perspectiva de la herencia cultural del judeocristianismo. Sus viajes siempre buscaron ese horizonte y, el más emblemático de ellos, su convivencia en Solentiname en la trapa donde tenía sus dominios el poeta Ernesto Cardenal, obedecían a esa incansable búsqueda de redención, a la que, en los últimos momentos de su vida, con solvente lucidez jamás renunció, sino que, por lo contrario, dedicó sus últimos años a la formulación sistemática de su ascesis, además porque estaba consciente de que una grey lo seguía y permanecía atenta a esas encíclicas “cantadas” desde el subsuelo digital que ofrece Internet. Por esas ventanas virtuales el filósofo y el poeta cristiano elevaba su voz y hacía llegar a los fieles sus homilías, las que no estaban exentas de las angustias y dudas del hombre de nuestro tiempo. Son múltiples, diversas las fuentes con las que nutrió su cosmovisión religiosa Rojas Guardia: los fundamentos de la Biblia y los más connotados pensadores antiguos y modernos del cristianismo iluminaron su camino para un ejercicio de la palabra que emergía como desde un púlpito. En las muchas ocasiones que pudimos dialogar, Armando me interpelaba –no como acusación ni reparo alguno- sino para situarse en el camino escogido, que no debía abandonarse, que había que hacer valer el único e inalienable derecho de defender nuestro oficio de escritor en el mundo. “Quiero leerte, Ramón, tienes mi correo, envíame tus nuevos textos de poesía”. Inconsecuente como soy con mis propias cosas, nunca le envié nada, no por desdén, sino por mero descuido mío. En Caracas, Mérida, Cumaná, Margarita, siempre tuve al frente el bizarro portavoz ante mí, muy a la manera de la misión de Zaratustra que señala Martin Heidegger en la obra de Nietzsche, el que “habla delante y lleva la voz cantante (lleva la palabra)”. El portavoz –precisa Heidegger- “es finalmente aquel que explica y aclara aquello de lo que y para lo que habla”<sup>3</sup>. En la obra de Rojas Guardia, la ensayística y la poética, apreciamos una relación causal que le confiere una unidad indisoluble. Cuando transgrede esa unidad –siempre subyace un vínculo que la unifica-, obedece a búsquedas de respuestas ante una cotidianidad lacerante, movido, en cierto modo, por ese llamado de la calle que como la voz de Tiresias quedó escrito en el “Sí, Manifiesto”. Si un aspecto destaca en su libro *El dios de la intemperie* es la omnipresencia de la voz, la escucha,

<sup>3</sup> Martin Heidegger. “¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche? En ZARATHUSTRA. México: Ediciones Basílicas, 199, p. 23.

la audición: “No visualizamos al interpelante, lo oímos, lo escuchamos, Frente a la palabra, en la que Dios consiste, sólo cabe obaudire, oír-lo-está-delante, obedecer”, hasta el punto de destacar lo que distingue a la espiritualidad judeocristiana, la “ética de la audición”<sup>4</sup>. De allí su callado diálogo con Ese Afuera, con el Tú que tiene como interlocutor en su poesía, pero que en algún momento estará obligado a poner en juego su pulposa –una palabra de clara huella rojasguardiana- sonoridad, sus musicales encabalgamientos cuando discurre con el verso. En uno de sus libros más acabados y “dicientes”, *Yo que supe de la vieja herida* (1985), advertimos cómo están conjugadas muchas de sus preocupaciones ideológicas, así como el omnisciente espacio de su espiritualidad. Para validar parte de lo que he venido señalando, nada como citar el siguiente poema:

Valió la pena constatarlo

Te escuchaba reír, y adivinaba  
aquel barro más hondo  
de mi cuerpo,  
el lodo blanco  
que formó mi alma,  
la materia  
de mi última, real anatomía.

Me basta estar ahí  
donde te ríes,  
para saberme grieta,  
un hueco florecido,  
algún cántaro roto,  
el más húmedo  
y podrido maderamen.

Oyéndote yo sé  
que no hay remedio,  
que nunca podré ser  
aquel frondoso Armando prometido,  
que siempre seré el monje  
mendicante,

un mínimo juglar,

el poeta, solo.<sup>5</sup>

Aunque los elementos detonantes y determinantes de los versos –*per via negationis*- apelen a exaltar la degradación de estados existenciales insinuados en esas frescas

<sup>4</sup> Armando Rojas Guardia. *El dios de la intemperie*. Mérida: Universidad de Los Andes, 2003, p. 23

<sup>5</sup> En: ARG. *Obra poética*. Mérida: Ediciones el otro el mismo, 2004, pp. 135-136

metáfora de los objetos, vistos como deshechos, a la luz de una aparente baja estima, por contraste constatamos el enaltecimiento y grandeza de los mismos en el poema, donde se da cuenta de su vastedad y de sus límites, así como pone al descampado su misión en la vida. En su condición de *homo religiosus* no era un predicador Armando, le atribuyo más bien el ser el portavoz de una generación, en cuyos actos están entremezclados su condición de artesano de la palabra, las más entreveradas filosofías de la tradición judeocristiana y las derivadas de la secularización que propició la modernidad. Esos trasiegos de su experiencia lectora alcanzan su máxima realización en los libros de ensayo *El dios de la intemperie* y *El calidoscopio de Hermes* (1989). En este último destaca su valoración del ensayo y cuánto de su derrota en el campo literario ha hecho de este género una misión a cumplir. Con seguridad, bien temprano hicieron eco en él las infaltables palabras de Mariano Picón Salas: “La misión del ensayista –cuando lo es como Carlyle, Emerson, Santayana, Unamuno- parece conciliar la Poesía y la Filosofía, tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos, previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere buscar el agujero de salida”<sup>6</sup>. Cito a Picón Salas por el entronque de poesía y filosofía que señala y que, sin duda, Rojas Guardia leyó, pero Armando en cuanto al ensayo se refugia en Adorno, en la “confrontación con la idea de verdad como jerarquía de conceptos” y su relación con la retórica. Al final del aparte 25 de *El Calidoscopio de Hermes*, donde aborda su visión del género, pone en evidencia su propósito: “Quisiera contribuir a devolverle a la literatura venezolana, y en especial al ensayo, ese ineludible estilo de decir que remite a humanidad, a existencialidad, a subjetividad comprometida”<sup>7</sup>. Aquí desnuda su *ethos* y pone de relieve lo que define como epifanía textual.

Son muchas las vertientes con las que dialoga su poesía. San Juan de la Cruz, Ernesto Cardenal, Walt Whitman, Fernando Pessoa, Rainer María Rilke, José Emilio Pacheco, José Gorostiza, Juan Sánchez Peláez, dejan sus trazas en su lirismo, muchas de ellas evidenciadas en sus epígrafes o en la interlocución de sus poemas. Lo medular de su oficio de poeta está en la consecuencia del camino escogido desde una militancia cristiana que abre surcos nuevos, inéditos procedimientos verbales en el panorama de nuestra literatura. Desde un primer momento hasta el final de sus días fue incansable en la búsqueda de la palabra, su afán por la caza del poema, porque previamente ha asumido que detrás de ella (la palabra) está Dios, la redención posible. En casi todos sus libros ese es el fundamento de su objetivo como poeta y como filósofo. Por supuesto que hallaremos discontinuidades, alteridades, contrariedades, vórtices

<sup>6</sup> Mariano Picón Salas. “Y va de ensayo”. *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1983, p. 503.

<sup>7</sup> ARG. *El Calidoscopio de Hermes*. P. 30.

de quiebre existencial, apartamentos de la ciudad hostil, inevitables dubitaciones, juegos desde perspectivas, si se quiere, paganas, pero todo ese acontecer radicado en los sólidos principios de su fe. No por capricho se asumía como aristócrata, no desde el fallido concepto de clase social con herencias de sangre, sino desde la “aristoi” griega, “la calidad heroica de lo humano, la facultad de sobresalir de la medianía y la convencionalidad, la apuesta por la grandeza que pone a raya al apocamiento del deseo, la autopedagogía del gusto en función de un refinamiento de la sensibilidad, la elaboración orquestal de la vida de los sentidos, la densidad y vastedad de los sentimientos, el ajedrez de la inteligencia jugando demiúrgicamente con la materia y el espíritu. En definitiva, una jerarquía axiológica cuyo sabor le ha costado siglos de épico aprendizaje al paladar de la especie y que todo hombre está llamado a experimentar”<sup>8</sup>. *La nada vigilante* (1994) es todo un ejercicio de retórica acerca de la, llamémoslo con sus propios términos, epifanía del poema, porque “El poema se vive antes de hacerlo. / Es una antigua lección nunca aprendida”<sup>9</sup>.

Como ese existir complejo de Bernardo Soares, el simultaneismo de Fernando Pessoa interrogando el mundo desde su Calle de los Doradores, irradiaba la mirada hacia el múltiple acontecer de lo que lo rodea, dando saltos metafísicos por esos espacios libres donde la conciencia se extasía, se concilia, se reconcilia con un afuera adverso, sintiendo como una hoguera las más humanas contradicciones, Armando Rojas Guardia conjuraba en su diario vivir, bajo soberanos hechizos de la palabra, los más fulgurantes exorcismos para limpiar la casa del ser donde habitaba, esa placenta de la poesía que no te abandona sino cuando vuelves a ella en la hora final, ese retorno al “vacío” que deja su estremecimiento en “Fondo negro”:

Limpia y fría, la noche de diciembre  
es la imagen perfecta de mi alma:  
Caracas arde afuera, indiferente,  
mientras yo soy un hueco  
l i v i a n í s i m o  
donde caen flotando los minutos.  
En nada pienso ahora. Y nada añoro.  
Ninguna obligación. Ninguna agenda,  
Apenas esta ingrávida quietud  
para llenar de música (Satie, acaso)  
y lentos cigarros y silencio  
y el negro sueño de la paz, vacío<sup>10</sup>.

Hay muchos farsantes en el mundo, simuladores, “artistas” en esos claroscuros donde no es posible advertir la mínima forma, armadores de impecables retóricas pero

<sup>8</sup> Palabras escritas en su muro de Facebook, 15 de junio de 2019.

<sup>9</sup> ARG. *Obra...* “La nada vigilante”, p. 219

<sup>10</sup> Idem. “Hacia la noche viva”, p. 167

sin nada adentro, apostadores del verso en arduos ejercicios funambulescos, ante los que no queda otra alternativa que seguir de largo, puesto que pueblan también las eras, aun cuando sea estéril el fruto que arrojan. Armando Rojas Guardia es un poeta inevitable, hay que detenerse, imposi-

ble pasar de largo. Su presencia -el esplendor de su verbo nos atrapa- constituye una obra de ineludible poesía y que, si existe la plenitud de un poeta, ese fue él: radiante, de auténtica sonoridad hasta en esa vastedad de sus silencios.